

# Pasar por Pawichiki

José Luis Bermeo<sup>1</sup>



mediados de la década de los setenta del siglo pasado, a casi trescientos cincuenta años después de la llegada de los jesuitas a la Sierra Tarahumara, el Vicariato Apostólico, en medio del entusiasmo renovador surgido del Concilio Vaticano II, inició una novedosa serie de experiencias de trabajo evangelizador conocidas en conjunto como “pastoral de acompañamiento”. En 1983, el obispo José Llaguno encargó al jesuita Ricardo Robles Oyarzun, responsable de uno de estos proyectos y asentado en Pawichiki, que iniciara la redacción de un diario de campo. Robles había llegado a la sierra como estudiante en 1964, de manera que cuando comenzó su experiencia manejaba ya con cierta soltura la lengua. De aquel encargo resultaron 1346 páginas escritas entre agosto de 1983 y noviembre de 1994. Este documento es hoy un verdadero campo de trabajo excepcional para quien quisiera adentrarse en él.<sup>2</sup>

- 1 Profesor de tiempo completo en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.
- 2 Ricardo Robles, *Diario de Pawichiki* (manuscrito). Pawichiki, 1983-1994.

# I

Los jesuitas habían regresado a sus antiguas misiones de la Sierra en 1900 con un propósito y un esquema de trabajo –salvada la vasta brecha de tiempo que los separaba– semejantes al que habían desarrollado sus predecesores. Refundaron las cabeceras de misión y crearon internados para niños y niñas donde también enseñaban algunos oficios.

Los indígenas recibieron a los nuevos misioneros con respeto. Al mismo tiempo se sintieron libres para aceptar o no las nuevas propuestas. Se mostraron tan selectivos ante las innovaciones como lo habían sido en el pasado. En el terreno ritual tuvieron que adoptar el clandestinaje para seguir celebrando el culto a Dios con sus propias ceremonias. No se opusieron a los cambios por la fuerza porque no habían olvidado la historia. Pacíficamente ignoraron las propuestas que querían cambiar lo importante de su cultura.

En 1939, cuando la paz volvió a las misiones, se retomó el plan de principios de siglo. El nuevo superior jesuita, Salvador Martínez, formulaba su plan de trabajo como “educación completa”. Para los niños era la escuela y la catequesis, para formar personas civilizadas y cristianas; para los jóvenes el trabajo en talleres de la misión y el matrimonio, entre exalumnos y exalumnas, para formar las “colonias”, pueblos modelo. El mismo superior fue el primer obispo cuando, en 1958, la misión se convirtió en Vicariato Apostólico. No se dudaba de los planes, parecían perfectos. Pero la realidad iba dejando su lección. Las colonias o pueblos modelo nunca llegaron a serlo.<sup>3</sup>

---

3 “*Diario de Pawichiki*, Documento para la reunión de agentes de pastoral indígena en Anishinabe, Ontario, Canadá. 8-16 de octubre, 1993”, pp. 1145-1146.

En realidad, fue en 1950 (y no 1958) cuando Salvador Martínez Aguirre fue nombrado primer obispo de la recién creada “misión independiente”<sup>4</sup> con sede en Sisoguichi, a unos 15 km al este de Creel, lugar al que regresaron los jesuitas en 1900 para retomar su acción misionera, interrumpida más de un siglo atrás. Cuatro años más tarde, se fundó el seminario e inició el trabajo de las llamadas “escuelas radiofónicas”: iniciativa que, con la tecnología de la época, estaba orientada por el deseo de evangelizar, muy de la mano con el de “civilizar” a los indígenas y, de paso, a los mestizos de la región.<sup>5</sup>

La llegada de Ricardo Robles a la Sierra Tarahumara en 1964, se dio en una época de profundos cambios en la Iglesia y en la Compañía de Jesús. Desde su pregonado *aggiornamento*, el Concilio Vaticano II dejó abierta la puerta para que las iglesias locales reflexionaran en torno a su presencia en el mundo, lo que en América Latina adquirió formas de denuncia y compromiso radical en favor de los pobres. Una teología nueva, impregnada por las ciencias sociales, asumió carta de ciudadanía en muchos lugares. La Iglesia vio multiplicarse grupos que, inspirados por su renovada fe, buscaban la transformación de las condiciones económicas y políticas de sus sociedades. El entonces Vicariato Apostólico de la Tarahumara fue también sacudido por esta ola renovadora.

---

4 Que fue encargada a los jesuitas y que, posteriormente, se convertiría en Vicariato Apostólico el 8 de septiembre de 1958.

5 “El primer enfoque eran las misiones civilizadoras, había que civilizar a los indios. La prueba de estos son los internados en Naráachi, Sisoguichi, Norigachi, Chinatú y aquí es donde hubo internados masculinos y femeninos. La Compañía de Jesús los tenía en todas partes y era la colonia.” Entrevista a Javier Campos Morales, párroco de Cerocahui, en Alejandro Cancino, *Historia y memoria de la “nueva” Compañía de Jesús en México, 1816–2002: el influjo del imaginario de las misiones jesuitas novohispanas en el incierto restablecimiento de la Orden y la construcción de su memoria* (Tesis doctoral). Universidad Iberoamericana, México, 2014, p. 376.

El Vaticano II impactó primero en la liturgia y más profundamente con una teología que dejaba más lugar a la libertad, a la creatividad. Las escuelas radiofónicas eran una obra nueva sobre todo el territorio del Vicariato. La idea de extender la educación completa por la radio entusiasmó al obispo. Apoyó e impulsó esas escuelas. Lograron buena calidad educativa. Por otra parte, las escuelas del gobierno aumentaron de manera considerable en esta época. Era necesaria una evaluación, que se realizó en 1970. Ahí se vio la necesidad de regresar a los indígenas y cambiar los planes de estudio por algo que sirviera más para su vida. Más de 100 agentes de pastoral reunidos apoyaron los cambios. Se estaba dando un paso muy importante: la opción por los indígenas y por su cultura. En 1977, después de muchos estudios técnicos, se decidió cerrar las escuelas e ir a vivir con los tarahumaras para poder generar un proyecto educativo desde su vida. Ahí nació la actual pastoral indígena del Vicariato.<sup>6</sup>

Esta innovadora línea de trabajo recibió el nombre de Pastoral de acompañamiento y respondía a una inquietud abierta desde el Sínodo de Obispos en Roma, en 1974, en torno a “la ‘indigenización’, ‘inculturación’ o ‘encarnación’ local del evangelio y de la vida cristiana en las diversas culturas de los diversos pueblos del orbe”.<sup>7</sup> La Congregación General XXXII de los jesuitas la retomó, aunque sin una idea muy clara de lo que aquello podía implicar. Los agentes de pastoral compartían probablemente una sola premisa: era necesario vivir entre los pobres compartiendo su situación de pobreza.

---

6 R. Robles, *op. cit.*, p. 1146.

7 Catalino G. Arévalo, S. J., “Introducción al decreto 5, Inculturación de la fe y vida cristiana”, en *Congregación General XXXII...*, pp. 101-102. Al final se aprobó el decreto sobre la inculturación, pero su brevedad y contenido dan cuenta de que el asunto era más una tarea pendiente que una destreza adquirida en el trabajo misionero.

El quehacer concreto, una vez estando allí, dependía en gran medida de la intuición y las habilidades de quienes estuvieran en aquellos puestos de “inserción”. En contraste con otras experiencias de inculturación surgidas en ese mismo contexto eclesial, en la Tarahumara llama la atención que haya predominado más el respeto y respaldo a la cultura local que a la organización y la promoción social que se impulsó en experiencias similares con otros grupos indígenas.

Desde un principio [el obispo] apoyó e impulsó la nueva línea de pastoral de acompañamiento: vivir con los indígenas, aprender de ellos, apoyar sus causas, respetar su cultura. El modelo pastoral de acompañamiento se fue reproduciendo en diversos sitios. En 1979, el obispo estuvo en Puebla y trabajó en el documento de Opción Preferencial por los Pobres. Volvió impulsando más aún las líneas pastorales ya adoptadas. A veces con desconcierto y a la larga con confianza, los indígenas tarahumaras, warojíos y tepehuanes aceptaron bien el nuevo acercamiento pastoral. La participación en sus celebraciones, supuestamente secretas, pasó a ser ordinaria para los agentes de pastoral más cercanos.<sup>8</sup>

En 1980, Robles se instaló en Pawichiki, una ranchería situada a unos veinte kilómetros al norte de Norogachi y sesenta y cinco al sureste de Creel; allí abrió una tienda cooperativa. Dos años después, se agregó un pequeño dispensario atendido por tres religiosas Siervas de los Pobres.

Tanto en Pawichiki como en las demás estaciones misionales, los religiosos iban impulsados más por sus voluntades que por sus certezas o su experiencia en el terreno. La mayoría se dejaba llevar por su imaginación. Esta forma de aventurarse en terrenos inexplorados requirió muy pronto de

---

8 R. Robles, *op. cit.*, p. 1147.

una “bitácora de viaje”. El diario que Ricardo redactó fue esa carta de navegación:

Entre otras necesidades muy urgentes se veían el acompañamiento cercano al pueblo en lo cotidiano y la posibilidad de comunicarse en niveles más hondos respecto al trabajo pastoral, realizaciones, frustraciones... y la posibilidad de escribir diariamente algo en un cuaderno pastoral, anotando lo más sobresaliente... Los caminos de solución eran cercanos a nuestra experiencia de Pawichiki y pude dar razón de cómo nos han servido las notas de pastoral (estas notas) y cómo el acompañamiento y la pastoral en general se vitalizan con este anotar, cómo hace reflexiva la pastoral.<sup>9</sup>

## II

El diario está dividido por meses. Cada mes inicia con una tabla de cuatro columnas. En la primera se lee el día o los días del mes en que ocurre una actividad, en la segunda el lugar, en la tercera “la actividad principal” y en la cuarta los “hechos sobresalientes”. Junto a estos o en una quinta columna, a veces aparece un número entre paréntesis que permite encadenar los acontecimientos que ocurrieron en diferentes días, pero entrelazados por un personaje, una celebración, alguna enfermedad, etc. En las páginas siguientes se describe lo anotado en los hechos sobresalientes, divididos con breves subtítulos donde se añade la fecha y con frecuencia se agregan uno o varios comentarios o interpretaciones personales a la descripción. Hay, sobre todo en los primeros años, una tendencia a distinguir los hechos “en sí”

---

9 *Ibid.*, p. 569.

de sus explicaciones. Aquello que tanto preocupaba a los etnógrafos de la época de distinguir los datos “objetivos” de la carga “subjetiva” del observador. No obstante, la preocupación de Robles ha sido ya dicha. Conforme pasan los años, el esquema cambia: los números entre paréntesis solo son indicadores del orden en el que se narran los hechos del mes, las notas interpretativas se van haciendo más escuetas y la separación del terreno objetivo del subjetivo desaparece.

Si bien la intención del autor del diario es ahondar en la comprensión de la cultura, lo hace con la finalidad explícita de orientar un trabajo (el suyo y el de sus compañeros en el Vicariato) y hacerlo más “pertinente”. De ahí que al principio se detiene en aquellos temas que le conciernen más mientras que soslaya otros. Después, sus hallazgos lo llevan a focalizar la atención en algunos asuntos claves para su labor pastoral mientras contempla “periféricamente” el entorno, lo que no demerita el valor etnográfico del texto. Todo lo contrario: Robles logra suplir bien el entrenamiento del etnógrafo con una disposición (¿excesiva?) de respeto hacia el indígena,<sup>10</sup> una curiosidad ávida (y obligada en su situación), gran sensibilidad y una personalidad obsesiva con los detalles.<sup>11</sup> Aun sus interpretaciones y lecturas posteriores a la vivencia descrita están cargadas del sedimento de la prolongada experiencia que vivió en Pawichiki y cuya intensidad permite hoy al lector –en términos de Dominick LaCapra– “pasar por” ella también:

---

10 Las primeras (¿únicas?) fotografías que tomó en Pawichiki fueron en 1994, en un *batari* en el que lo estaban despidiendo de la comunidad.

11 Las primeras fiestas, por ejemplo, las describe hora tras hora, o acompaña las celebraciones especiales de esquemas y dibujos que ilustran los bailes, las ofrendas, la raspa del peyote, entre otras. Cuando él no puede asistir, pide a las hermanas que le informen lo acontecido y transcribe lo dicho por ellas.

‘Haber pasado por algo’ alude tanto a la persona que ha tenido la experiencia como aquellos que se identifican con (incluso en el extremo de ser acosados o poseídos por) ella, o a aquellos que empatizan y simultáneamente respetan la alteridad e incluso rechazan la identificación. Considero esencial tomar en cuenta el proceso de ‘pasar por algo’ para cualquier definición aceptable de experiencia, proceso que implicaría una respuesta afectiva –y no solo acotadamente cognitiva– donde la emocionalidad estaría significativamente relacionada con el intento (cauteloso, constitutivamente limitado, no nivelador, imperfecto y en ocasiones fallido) de comprender al otro (que a veces puede ser opaco o indiferente en los aspectos más cruciales). Este proceso también es fundamental para entender la relación entre quien ha tenido la experiencia directa, los efectos demorados de ciertas experiencias [...] en etapas posteriores de la vida y la respuesta a la experiencia de terceros diversos...<sup>12</sup>

Este pasar por algo, precisamente, es lo que da vigencia a la experiencia de Robles y confiere carácter de “campo etnográfico” a su diario. En este sentido, no importa, por ejemplo, que un señor llamado Menocchio haya acabado en la hoguera de la inquisición hace más de cuatrocientos años; el

---

12 Dominick LaCapra, *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, p. 68. En este sentido, no deja de llamar la atención la poderosa observación de Foucault sobre la memoria de Pierre Rivière donde el relato del matricidio y el asesinato mismo “no se ordenan según una sucesión cronológica simple: crimen y relato. El texto no narra el gesto; pero entre uno y otro, hay toda una trama de relaciones: ambos se sostienen, se llevan uno al otro en medio de correspondencias que no han, por otro lado, cesado de modificarse”. Tal vez por ello “los contemporáneos parecen haber aceptado el juego de Rivière: el asesinato y el relato son consubstanciales.” Michel Foucault, *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère... Un cas de parricide au XIXe siècle présenté par Michel Foucault*. Gallimard, Saint Armand, 2004, pp. 322-323.



paso de Carlo Ginzburg por los folios de su proceso judicial le permitió encontrar una

sutil y tortuosa, pero nítida, línea de desarrollo que llega hasta nuestra época. Podemos decir que Menocchio es nuestro precursor. Pero es al mismo tiempo el eslabón perdido, *unido causalmente a nosotros*, de un mundo oscuro, opaco, y al que solo con un gesto arbitrario podemos asimilar a nuestra propia historia.<sup>13</sup>

Algo semejante puede decirse del paso de Michel Foucault por los relatos de Pierre Rivière o Herculine Barbin, cuya fuerza parece no dejar lugar a la teorización.<sup>14</sup> Sin duda, la mayor riqueza del documento viene dada por la duración de la estancia de su autor en el campo. Más allá de la ingente información y “datos” que proveen las más de mil trescientas páginas del texto, su potencia estriba en que permite pasar por los múltiples dinamismos, locales y regionales, que van ocurriendo a lo largo de los once años que comprende: las historias personales y familiares, los vaivenes de las relaciones interpersonales en la comunidad, el surgimiento y ocaso de expresiones culturales, la modificación de patrones sociales, de iniciativas económicas, políticas... “acosan y poseen”

---

13 Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Océano, México, 1998, p. 31.

14 M. Foucault, *op. cit.* y *Herculine Barbin llamada Alexina B.* (pres. Michel de Foucault; selec. Antonio Serrano). Revolución, Madrid, 1985. Sobre el primero, Ginzburg hace la siguiente crítica sobre el impedimento de teorizar sobre fuentes así: “Se excluye explícitamente la posibilidad de interpretación de este texto, porque ello equivaldría a forzarlo, reduciéndolo a una ‘razón’ ajena. No queda más que el ‘estupor’ y el ‘silencio’, únicas reacciones legítimas”. C. Ginzburg, *op. cit.*, pp. 21-22.

–de nuevo en los términos de LaCapra– al lector.<sup>15</sup> Solo desde una residencia así de prolongada, Robles –a diferencia de sus predecesores, incluidos, por supuesto, etnógrafos y viajeros– pudo percatarse, por ejemplo, de la solidez que le confiere a la cultura *rarámuri* la circularidad de su tiempo o de la importancia del *rutúburi*, esa fiesta “pagana” cuya llaneza, al lado del esplendor de los matachines o el dramatismo de los fariseos, disimuló muy bien, aún ante los ojos más avezados, la centralidad de su papel en la persistencia étnica.

### III

En definitiva, el *Diario de Pawichiki* tiene un valor excepcional por varias razones que lo hacen destacar entre los muchos documentos que surgieron de estas experiencias de inserción: en primer lugar, las minuciosas descripciones de la vida cotidiana de la comunidad, sus celebraciones, rituales, discursos, charlas, etc., a lo largo de los once años registrados, están acompañadas de reflexiones personales en torno al sentido y propósito del trabajo, por lo que dan una cuenta muy completa del devenir de una comunidad indígena que se reinventa y fortalece con la presencia permanente de un sacerdote, pero que también se ve amenazada por los múltiples cambios socioeconómicos y medioambientales que ocurren en el entorno. En este sentido, podemos decir que el diario es un acceso privilegiado para “pasar por” Pawichiki. Aunque no menos interesante es el proceso de transformación que vive el autor del diario. Filósofo y teólogo, pero sobre todo ciudadano

---

15 En este caso no nos referimos a la experiencia del lector como simple espectador, obviamente, sino a la de ser parte de la experiencia de Robles. Su relato parece ceder al lector el lugar que reservó Cervantes para Cide Hamete Benengeli, al atribuirle la primera parte del mayor relato de la historia.

de un mundo al que el individuo y la razón le dan cimiento, Ricardo Robles se adentra en una cultura radicalmente distinta que lo interpela y termina transformando sus visiones del mundo y de Dios. De aquí que el diario sea también la entrada que permite pasar por el recorrido interior de “El Ronco”.

Así, desde el interés por conocer la lengua y la cultura, hasta la defensa abierta del *rarámuri* –idealizado en ocasiones– en la que Ricardo Robles empeñó su vida, el *Diario de Pawichiki* es testigo puntual de un trabajo enfocado a recrear y apuntalar el imaginario indígena frente al avance incontenible de un imaginario nacional, presuntamente unitario y hegemónico, que amenazaba entonces y que hoy lo hace con mayor fuerza la supervivencia de este pueblo milenario.



Fotografía de Carlos Dávila.